

CAPÍTULO IV.

LA NUEVA RESTAURACION DEL CUADRO DE LA VÍRGEN.

Para completar la historia de la efigie que hoy se tiene por los fieles en tan grande y tan extraordinaria veneracion, no será del todo fuera de propósito reunir en un solo capítulo todos los hechos relativos á nuestro asunto que ocurrieron cuatro años despues de la susodicha inauguracion de la Cofradía del santo Rosario.

En Mayo de 1879, el eximio pintor de Nápoles Señor Comendador D. Federico Maldarelli, viendo el incremento que tomaba no solo entre los señores napolitanos, si que tambien entre los forasteros, la devocion hácia la Santísima Virgen del Rosario de Pompeya, cuya venerada efigie, por la mucha humedad que había en la iglesia, se había deteriorado totalmente, movido únicamente por los sentimientos de su señalada religiosa piedad, ofrecióseme dispuesto á llevar á efecto gratuitamente otra más completa en sus detalles, y más perfecta y más artística restauracion del carcomido lienzo.

Acepté gustoso la generosa oferta, y aproveché aquella ocasion para realizar mi antiguo pensamiento de sustituir la imágen de santa Rosa con la de santa Catalina de Sena. Las dos Santas pertenecen á la venerable Orden Tercera de Penitencia, siendo la primera la mayor gloria de las Américas, la primera flor de santidad que diera á la Iglesia el nuevo mundo recien descubierto y cristianizado: pero á pesar de todo, yo prefería que al lado de la soberana Señora del Rosario se viese en mi iglesia mi especial protectora, el Angel de Fontebranda, la serafina de Sena, por ser una italiana insigne, é incomparable gloria de toda la cristiandad, pero muy en especial de nuestra pátria, y tambien por ser Madre y Maestra eximia de la misma Tercera Orden.

Le rogué, pues, al religioso pintor Maldarelli que tuviese á bien cambiar la corona de rosas de Sta. Rosa en corona de espinas, que es el distintivo de la ínclita Virgen de Sena, y pintase en las palmas de sus manos las cicatrices que nos representen sus venerables llagas.

Despues de esto quedaba todavía por reformar lo que ciertamente presentaba mayores dificultades en su ejecucion: las líneas y toda la fisonomía de la cara, pues si esta desdeñaba en una Santa Rosa, era por todo extremo

insufrible en una Sta. Catalina de Sena, que fué de complexion delicada, ágil y de elegante figura, cual nos la representa Vanni en su único retrato que se admira en la Iglesia de Santo Domingo de Sena.

Con exquisita cortesía prometió el egregio artista complacerme.

Al dia siguiente, por lo tanto, se tomó la Condesa de Fusco el cuadro, lo llevó en su coche á Nápoles, y lo depositó en la librería del señor Salvador Festa, para que éste á su vez lo llevase al estudio del valiente y religioso pintor.

La Soberana Reina del santo Rosario, por su parte, ya comenzaba por este mismo tiempo á dar á sus devotos pruebas inequívocas, prendas seguras de su soberana complacencia por la obra empezada en este Valle, el levantamiento de un templo para glorificacion de una práctica que le es tan cara, el santo Rosario, derramando sobre ellos, con profusion y largueza maternales, sus más dulces bendiciones y sus gracias. Ya comenzaban numerosos grupos de señores y señoras de Nápoles á venir acá, en piadosas romerías, para dar gracias á la Madre de misericordia por los extraordinarios favores recibidos de su misericordiosa liberalidad, y para implorar de su inefable benignidad nuevos beneficios y nuevos favores.

Mientras tanto, parecíame intolerable que los piadosos romeros que venían acá desde Nápoles, bien á mostrar á su soberana Bienhechora la clementísima Madre de misericordia su profundo reconocimiento ó su sincera gratitud, bien á suplicarla abra de nuevo los inmensos senos de su inagotable bondad y vierta el ancho raudal de su maternal ternura sobre los pobres y tan necesitados hijos de Eva, no hallasen ni siquiera una imágen suya para venerarla, corriendo además riesgo de entibiarse no poco la misma devocion y fervor populares en quitarles el objeto inmediato de sus actos religiosos, que es lo que más excita nuestros sentimientos de respeto y veneracion, el objeto sensible, una efigie, una escultura, aquella forma visible, en una palabra, bajo la cual es representada por la liturgia á las miradas del pueblo creyente la bendita Madre de Dios, y debajo de la cual está aquél acostumbrado á venerarla. ¿Cómo remediar esto? La bondad de Dios, que dá al hombre *velle et perficere* (1), el querer y el obrar, me asistió propicia tambien en esta ocasion, y me proporcionó un medio no solo muy acomodado, sino que fué principio además de otros extraordinarios sucesos.

(1) Ep. ad Philip. cap. II. v. 13.

El lugar que más frecuentaba yo á la sazón, era mi querida iglesia del Rosario á *Porta Medina*. Allí, de acuerdo con mi malogrado amigo y director espiritual el Rmo. P. Radente y con el Sr. Dr. D. José Gaetani, habíamos establecido, desde el mes de Enero de 1874, el punto de reunion de señores y señoras de la Venerable Órden de Penitencia, para celebrar nuestra conferencia mensual, en cumplimiento de nuestro reglamento que así nos lo prescribía. Y fué por la peculiar devocion que el señor Gaetani y yo profesábamos á la ínclita heroína romana Sta. Cecilia, que quedó establecido perpétuamente el dia 22 de cada mes para la celebracion del mencionado acto. Y esta piadosa costumbre, introducida entónces para satisfacer nuestra particular devocion, aún hoy rige y se observa religiosamente en la iglesia de Santo Domingo el Grande, á donde en 1885 se trasladó la Venerable Órden Tercera.

El alma, por decirlo así, de ésta,—mientras estuvo en la citada iglesia del Rosario á *Porta Medina*—era la Sor María Concepcion de Litala, aquella misma que años atrás me diera el cuadro de la Virgen. A ella, pues, la hice confidente de las perplejidades que affigian mi espíritu. Y entónces me dijo cómo el P. Radente había comprado juntamente con el consabido

cuadro del Rosario, al mismo precio y al mismo comerciante, otro cuadro de idénticas proporciones, que representaba los desposorios de santa Catalina de Sena. Está ya averiguado que aquel venerable Religioso, determinóse á comprar estos dos cuadros llevado por su tiernísimo y filial cariño hácia la Soberana Reina del santo Rosario, y por su peculiar devocion hácia su protectora especial Sta. Catalina de Sena, no pudiendo sufrir que estos dos objetos de su particular y cordialísimo afecto permaneciesen arrojados en un rincon y confundidos con los trastos viejos, como efectivamente se hallaban, redimiéndolos por consiguiente del menosprecio de que en tal estado eran objeto.

Estaba tambien este otro lienzo en poder de la misma Terciaria Sor Litala, por lo que al terminar ésta su relato —Está bien— le dije: V. me dió el primer cuadro con el loable propósito de encender en los sencillos corazones de los rústicos pompeyanos la hermosa devocion al santo Rosario; y V. me dará ahora el segundo para conservar y fomentar una devocion que se ha apoderado no tan sólo de los pompeyanos, sino que tambien de los devotísimos clientes del gran taumaturgo S. Genaro.

Llena de gozo la fervorosa Terciaria al ver que Dios se valía de élla para beneficiar á las

almas que se hallaban muy apartadas de la esfera de su celo, y para promover más y más la predilecta práctica de los verdaderos siervos de la Reina de los cielos, el rezo del santo Rosario y el culto de la heroína de Sena, me traje en seguida el cuadro que, á decir verdad, era tan viejo como el primero, pero la pintura era algo mejor y se hallaba bien conservada.

Representaba á la Divina Madre con el Niño-Dios en sus brazos, en actitud de presentar á Sta. Catalina el anillo de sus místicos desposorios. Faltaba, es verdad, el gran Patriarca santo Domingo: pero en cambio la faz de la Llena de gracia era más bella y más graciosa; ni la figura de la ínclita Santa de Sena parecía tan antipática como la de la de Lima. Así es que me figuré había salido ganancioso.

El pueblo —decía yo en mi interior— no llevará á mal esta sustitucion de imágen, como quiera que de todos modos es la misma Virgen del Rosario la que yo presento á su fiel devocion.

Sino que en medio de mis pensamientos, que me parecía lo arreglaban todo satisfactoriamente, surgió á lo mejor una angustiosa duda, que por de pronto, daba al traste con todas mis combinaciones. Consistía en si sería la sustitucion que pensaba hacer de la imágen igualmente acepta al cielo; ó en otros términos: si

continuaría el cielo derramando tan copiosas sus gracias sobre los devotos del santo Rosario y mostrándose á éstos tan propicio como cuando acudían á la parroquia á postrarse ante la efigie sustituida.

¡Oh! ¿Quién duda que sí?—me respondía yo á mí mismo;—pues no es la imágen la que obra milagros en Pompeya, sino la virtud soberana de Dios, que es siempre la causa eficiente de las maravillas y prodigios superiores á las fuerzas y á las leyes porque se rigen las causas naturales, porque sólo Dios, como supremo Señor de todo lo criado, puede obrar cosas grandes y maravillosas, segun canta el coronado profeta en el salmo 71: *Benedictus Dominus Deus Israel, qui facit mirabilia solus*. La imágen no es sino una causa instrumental de que se vale el Omnipotente para el cumplimiento de sus misericordiosos designios. Quiere que la más pura, la más excelsa criatura de cuantas han salido de sus creadoras manos, sea, más que en las pasadas edades, en esta nuestra desventuradísima época glorificada en el mundo; quiere ver á su obra maestra, á la primogénita de la gracia, á la benditísima Madre de su Unigénito nuestro adorabilísimo Salvador Jesus, ensalzada y glorificada en este mísero mundo, que, tan locamente perdido vá en pos de las fugaces y caducas

bellezas, y de cuanto halaga á los sentidos y á la carne, quiere que á la Virgen Inmaculada, á la Virgen-Madre sin mancilla, tipo de belleza, incorruptible, dechado de la más sublime santidad y arquetipo de toda pureza: todas las gentes, todas las generaciones y todas las tribus la saluden entonando concordés: *Ave, Dios te salve*; y la bendigan con un solo himno, el santo Rosario. ¡El Rosario! ¡Ah! el Rosario es el himno que más la ensalza, es la plegaria que más la agrada, es la música que más dulcemente en sus oídos resuena, es la oración enseñada por Ella al gran Patriarca Santo Domingo de Guzmán, es el poderoso imán que atrae copiosas las bendiciones del cielo, es... no hallo con qué compararlo; basta decir, que ha bajado del cielo para salvar el mundo. La práctica, pues, de esa celestial devoción, trata la Virgen Inmaculada de acreditarla más y más con sus prodigios, con mostrarse tan misericordiosa á los que vienen acá á postrarse ante su taumaturga y venerada efigie, quiere se edifique aquí en honor de su santo Rosario un suntuoso templo.

Yo no me engañaba; mi nuevo atrevimiento tuvo feliz éxito. El segundo cuadro puesto en el lugar del primero, era igualmente venerado; y nuevos favores y nuevos prodigios llovían del inmenso océano de las misericordias de María

sobre muchos de los que se asociaban al proyecto del nuevo santuario, ó venían acá á venerar su preciosa imagen y á implorar por medio de ésta su materna clemencia en favor de sus necesidades particulares.

La Madre de gracia y de misericordia enseñábame con los hechos que acreditaba tanto estos dos hermosos atributos, por amor de su santo Rosario y por amor del nuevo templo que en su honor se trataba de levantar sobre las tristes ruinas paganas de Pompeya. Así que no me dejaba dudar que, aun cuando se sustituyese su primera efigie, había de continuar la Madre de clemencia volviendo sus misericordiosos ojos hácia los infelices desterrados hijos de Eva, y autorizando, como ántes, con estrepitosos prodigios la devoción á su divino Rosario.

Entre las gracias obtenidas en el tiempo en que estuvo expuesto el segundo cuadro, bastará citar una que el devoto lector hallará publicada y debidamente documentada en el librito *Novena á la Santísima Virgen del Rosario, de Pompeya*, y en el periódico *El Rosario y la Nueva Pompeya*, año III, pag. 34. Es la gracia que yo mismo recibí de la dulcísima Madre de clemencia, cuando en el momento mismo en que entraba en mi cuarto el susodicho cuadro de los desposorios de Santa Catalina, hallándome yo

al borde del sepulcro, desahuciado de los médicos y sin esperanza ninguna de vida, se dignó mi piadosísima Madre, con uno de esos rasgos de su maternal bondad, volver á mí su compasiva mirada, y con ésta darme la vida que casi tenía ya perdida; pudiendo yo repetir con toda verdad, por consiguiente, lo que el Real Profeta de sí propio: «Apiadaos de mí, Señor: mirad mi grande humillacion, Vos que me librais de las formidolosas puertas de la muerte: *Miserere mei, Domine: vide humilitatem meam... qui exaltas me de portis mortis*» (1). Sucedió esto la noche del 18 de Agosto de 1879.

El que tuviese deseos de visitar ahora este milagroso lienzo, lo hallará en el fondo de la primera sala del dormitorio de las Huérfanas. He querido que la santa de la ilustre familia de los Benincasa, maestra de todas las virtudes, la que con su grande valimiento me alcanzó de la Bendita entre las puras criaturas el inestimable beneficio de la salud, librándome de una muerte cierta, fuese para todas estas pobres huerfanitas acogidas en esta Casa y confiadas á ella, norte y guía segura para el cielo.

Me pareció no podría hallar un lugar más á propósito para una imagen que me impetró la

(1) Salmo IX, v. 13-14.

vida, que colocándola *en medio de la inocencia abandonada*, que forma la verdadera corona de cándidos lirios y rubicundas rosas que adorna la frente inmaculada de la Soberana Reina de las victorias, que ha establecido su trono de misericordia en Pompeya.

Pero volvamos al cuadro primitivo.

Desde el mes de Junio hasta Agosto de 1879, tuvo el Sr. Maldarelli en su estudio de pintura la taumaturga imagen conocida y venerada hoy en este suntuoso santuario bajo el popular título de la *Virgen de Pompeya*.

El artista puso su mayor empeño en que saliese siquiera un cuadro devoto. Esforzose cuanto pudo en adelgazar con esmerado cuidado la cabeza de la Virgen, y la hinchada cara de la Santa. Suavizó, al propio tiempo, las facciones, toscas en extremo, del gran Patriarca Santo Domingo, y dió al Divino Infante una expresion de viveza que conserva todavía.

Y como la tela estaba carcomida y muy destrozada, para renovarla hubo de acudir nuestro pintor á uno de los mejores artistas en este género de trabajo, al Sr. D. Francisco Chiariello que tenía—y tiene todavía—su tienda en el palacio *Luperano, Salita Museo*.

Recuerdo que solo por la tela le pagué sesenta liras á Chiariello. Éste, con mucha delicadeza y segun los nuevos métodos, supo reemplazar perfectamente bien la carcomida y vieja tela con otra nueva y más alta; y de este modo pudo el pintor reintegrar el primitivo cuadro, añadiéndole una cuarta de lienzo que le faltaba á aquél; y lo hizo con tanta maestría y con tan perfecta imitacion de tintas y de colores, que visto el cuadro á cierta distancia, no parecía sino hechura de unas mismas manos.

Y así el tan asendereado lienzo, retocado primeramente en 1876 por el pintor Galella, tres años despues vuelto á renovar toda la antigua pintura por el distinguido artista Maldarelli, desbastada la cara de la Divina Señora, cambiada Sta. Rosa de Lima en Sta. Catalina de Sena, reemplazada la antigua y envejecida tela por otra nueva, ceñidas las sienes divinas del Hijo y de la Madre con riquísimas y refulgentes diademas de brillantes, y sus cuellos de radiantes collares de piedras preciosas, apenas conserva rastro ni vestigio de lo que fué ántes.

La efigie de la Soberana Reina así renovada y embellecida, y colocada en un marco de bronce fundido—que nos ha costado diez mil liras—rodeado de quince medallones, tambien de bronce, que representan los quince misterios del santo

Rosario, pintados por Pallotti, adquirió una expresion estética tan celestial y divina, que el hermoso rostro de la más bella de las criaturas nos pareció en efecto cual rutilante lucero de la aurora.

Todavía conservamos con gusto las primeras estampas sacadas de la antigua deforme pintura. El afortunado artista á quien para sacarlas invitamos viniése acá, fué el anciano Dolfino, de Nápoles, quien trabajaba por cuenta de los papeleros de la *Via S. Biagio dei Librai*, y nos le trajo nuestro caro amigo el librero don Salvador Festa.

Por más que aquellas primeras estampas y aquellos primeros grabados litografiados nos parezcan, al presente, deformes, estuvieron, sin embargo, en grandísima veneracion en su tiempo. Más de una vez he tenido yo mismo ocasion de verlas puestas en preciosos y elegantes marcos de plata y de oro, y tenidas en mucha veneracion por varias familias de la aristocracia napolitana, especialmente entre las que fueron las primeras en dispensarnos una cordial acogida cuando íbamos de casa en casa y de familia en familia para que se suscribiesen, siquiera por cinco céntimos al mes, á nuestro proyecto.

Pero despues de la última restauracion hecha en el lienzo, no ha sido posible fotografiar la

venerada imagen de la Divina Señora, y solo como recuerdo histórico, conservamos las primeras copias, que á nadie agradaron.

A fuer de historiador sincero, véome, llegado ya á este punto, como constreñido á declarar que no puede en modo alguno atribuirse á la habilidad artística (que es ciertamente indiscutible) del señor Maldarelli, ni éste creará ser obra suya, esa expresion de inefable dulzura que se advierte en la cara de la Virgen Inmaculada, que inspira á la vez amor, confianza y devocion. Es un rayo de celestial belleza, de dulzura y de majestad á la vez, que traspira de aquella augusta frente, de aquella divina mirada que, penetrando lo más hondo del corazon, hace caer de hinojos á cuantos se acercan llenos de fé á su altar. No tengo la menor duda de que la Divina Madre, con un prodigio inaudito, ha embellecido ella misma el rostro de su venerable efigie.

Cuantos vivimos aquí, estamos de acuerdo en reconocer que desde el dia en que la prodigiosa imagen se trasladó desde la ruinosa iglesia del Smo. Salvador á su nueva capilla, que situada á la izquierda del grandioso santuario hace parte de éste, ha adquirido el semblante de la Divina Señora una pulcritud, una majestad, una dulzura y un encanto tales y de tanta confianza, que antes no se habían advertido. Y aunque se quiera

suponer que esta apreciacion nuestra, ó modo de ver muy diferente de antes, es totalmente subjetivo y previene de la diferente disposicion de nuestro ánimo—lo cual bien pudiera ser, ya que la Virgen Madre no ha menester de los prodigios—así y todo, siempre será muy cierto, y la experiencia de cada dia nos lo atestigua, que á cuantos tienen la dicha de postrarse ante esta venerada efigie, les parece á todos, así á los propios como á los extraños, ver en su dulce mirada un no se qué de divino, de misterioso que irresistiblemente arrastra al piadoso espectador á admirarla, no ya por su perfeccion artística, puesto que no es esta pintura obra del incomparable Urbino, sino más bien por ese aire misterioso que la circuye á guisa de divino ambiente ó de una esfera de luz sobrenatural que infunde respecto, inspira un temor reverencial, y hace caer de hinojos instintivamente y obliga á dirigirla una plegaria, sin que uno pueda darse cuenta de lo que le pasa. ¡Oh sí! Rogando ante esta bendita imagen se siente en el alma una esperanza cierta, una confianza ilimitada de que su oracion, su plegaria será benignamente acogida por la dulcísima Madre de Clemencia, y se experimenta en el fondo del corazon tan inefable dulzura, *que quien no la haya sentido, no podrá jamás comprenderla.*

Esta es la historia de la prodigiosa efigie de la bendita Madre de Dios que se venera con tan extraordinario culto en el Valle de Pompeya, transformado ya en centro de suspiros, de plegarias, de fervorosas preces, de ardientes súplicas, y de los más entusiastas votos de millares y millares de católicos que por mar y tierra, y por todos los puntos del globo, llenos de confianza se dirigen hácia Ella, entonando á todas horas y en todas las lenguas: *Spes nostra, salve.*

CAPÍTULO V.

LA PRIMERA GRACIA.

Mientras en el Valle de Pompeya trabajábamos, en la primera mitad de Febrero de 1876, para establecer canónicamente entre estos pobres campesinos la Cofradía del santo Rosario, y al efecto de lucrar las santas indulgencias tratábamos de erigir, siquiera provisionalmente, un altar á la Soberana Reina del Rosal místico, aconteció en Nápoles un suceso tan extraordinario, que en muy pocos dias se divulgó por toda la ciudad, corriendo de boca en boca hasta llegar á los oidos del Eminentísimo Cardenal Riarío Sforza, y esto fué causa de que se dijese

tambien por todas partes en la populosa capital, que se proyectaba levantar sobre las gentílicas ruinas de Pompeya un templo al verdadero Dios.

Tratábase de un prodigio, y se precisaba con todos los detalles el lugar del maravilloso acontecimiento: era el palacio marcado con el número 62, vía Tribunali: siendo lo más extraño del caso, que el agente sobrenatural interviniese en el hecho que vamos á narrar, precisamente desde el momento mismo en que se pronuncia en aquella casa la solemne promesa de contribuir á la edificacion de la iglesia que se pensaba levantar en Pompeya, quién sabe cuándo.

El hecho tenía por testigos no solo á la familia Lucarelli, bien conocida y apreciada en Nápoles, sino tambien á otras familias que habitaban el mencionado palacio, y muy en especial, á la Sra. D.^a Ana María Lucarelli,—q. D. h.—grande literata y artista, mujer de eximias virtudes y dechado de señoras cristianamente cultas.

El mencionado suceso, fué como la primera señal y una auténtica manifestacion con que el cielo patentizaba ya desde entónces á los napolitanos, cuán acepta le era á la Divina Madre la creacion de un templo consagrado á su divino Rosario en un lugar por tanto tiempo poseido del demonio. El insigne favor, era como